

## FUERA DEL JUEGO

**E**N JUNIO DE ESTE AÑO, el novelista peruano Mario Vargas Llosa causó algún revuelo al afirmar, en medio de una charla informal en una universidad madrileña, que Gabriel García Márquez, su compañero de generación, no era un intelectual, sino un artista. No vale la pena mediar en esta controversia semántica. García Márquez no escribió ensayos propiamente dichos. Sus reflexiones políticas fueron casi adhesiones sentimentales: “En los campamentos de vacaciones de Varadero, los niños de Cuba disponen de equipos de diversión como no los conocen muchos hijos de millonarios gringos [...] Los mejores restaurantes de Cuba, que son tan buenos como los mejores de cualquier país europeo, son las escuelas de gastronomía”. Bien decía Borges que lo menos importante de un escritor son sus opiniones políticas.

Vargas Llosa, en la charla de marras, trajo a cuento un incidente que parece ya perdido en la convulsionada historia de las letras y la política latinoamericanas (siempre mezcladas): el caso Padilla. Pasados 50 años, el asunto ha sido olvidado, es si acaso una nota de pie de página de la guerra fría, una disputa más entre escritores de novelas y proclamas. “Yo creo que García Márquez —escribió Vargas Llosa— tenía un sentido práctico de la vida y sabía que era mejor estar con Cuba que contra Cuba. Así se libró del baño de mugre que cayó



ALEJANDRO GAVIRIA

sobre los que fuimos críticos con la evolución de la revolución”.

Pero más allá de la política, la poesía de Heberto Padilla mantiene una vigencia plena, conserva incluso cierta urgencia o importancia coyuntural. En 1968, un jurado conformado por José Lezama Lima y el hispanista británico John Michael Cohen, entre otros, decidió otorgarle el Premio Nacional de Poesía de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba (UNEAC) al libro *Fuera del juego* del poeta Heberto Padilla. Los jurados, en un voto razonado, expresaron, casi a manera de justificación, que “su visión [la de Padilla] del hombre dentro de la historia es dramática y, por lo mismo, agónica”. Pudieron haber dicho también que Padilla era un artista, no un intelectual.

La edición premiada del libro *Fuera del juego* contiene una larga y airada Declaración (con mayúscula) del Comité Director de la UNEAC. Leída 50 años después, con la perspectiva adecuada, con la historia de la revolución ya escrita y vuelta a escribir, la Declaración es al mismo tiempo inquietante e infantil, está imbuida de un entusiasmo totalitario, de cierto iliberalismo ingenuo, escrito, así parece, por un bachiller obnubilado por la furiosa esperanza del momento. Los miembros de la UNEAC, casi sobra decirlo, eran (autoproclamados) intelectuales, no artistas: soñadores que asumieron, sin reticencia, su nueva condición de verdugos.

*Fuera del juego*, dice la Declaración, cae en “una exaltación del individualismo frente a las demandas colectivas del pueblo [...]. Esta

defensa del aislamiento equivale a una resistencia a los objetivos comunes [...]. Para quien permanece al margen de la sociedad, fuera del juego, Padilla reserva sus homenajes. El desobediente, el que se abstiene, es el visionario que asume una actitud digna". Para los intelectuales comprometidos, puede inferirse, la adhesión era la única actitud digna y consecuente con la historia, con el justo tiempo humano.

Pero Padilla no está de acuerdo, su poesía, más que disidente, es incrédula del nuevo amanecer, temerosa del entusiasmo colectivo y escéptica del historicismo y el tránsito cierto al paraíso en la tierra: "Nosotros que hemos visto el derrumbe de los parlamentos / y el culo remendado del liberalismo. / Nosotros que aprendimos a desconfiar de los mitos ilustres / y a quienes nos parece imposible / (inhabitable) / una sala de candelabros, / una cortina / y una silla Luis XV. // Nosotros, hijos y nietos ya de terroristas melancólicos / y de científicos supersticiosos, / que sabemos que en el día de hoy está el error / que alguien habrá de condenar mañana. / Nosotros, que estamos viviendo los últimos años de este siglo, / deambulamos, incapaces de improvisar un movimiento / que no haya sido concertado".

Padilla reniega de la extorsión moral de las mayorías, siente la acechanza de los héroes, quiere decir su verdad, aspira a convertirse en testigo risueño de un entusiasmo pasajero: todo poeta sabe que son vanas las empresas de los hombres: "Él vive más acá del heroísmo / (en esa parte oscura); / Pero no se perturba; no se extraña. / No quiere ser un héroe, / ni siquiera el romántico alrededor de quien / pudiera tejerse una leyenda; / pero está condenado a esta vida y, lo que más le aterra; / fatalmente condenado a su época".

El humor es tal vez el único expediente de los condenados por su tiempo (todos en

alguna medida). Padilla lo sabe. Lo intenta en la forma de sarcasmo, de un conjunto verosímil de instrucciones para ingresar en una nueva sociedad: "Lo primero: optimista. / Lo segundo: atildado, comedido, obediente. / (Haber pasado todas las pruebas deportivas) / Y finalmente / andar como lo hace cada miembro: / un paso al frente, y / dos atrás: / pero siempre aplaudiendo".

En 1971, tres años después de salir del juego, literal y metafóricamente, Padilla fue acusado de actividades subversivas y detenido junto con su esposa, la escritora Belkis Cuza Malé. Como resultado de la presión de un grupo de intelectuales y escritores, entre quienes figuraba Mario Vargas Llosa, fue liberado a las pocas semanas. Después de la

liberación fue expulsado de la UNEAC ("Yo rechazo la terca persuasión de última hora, las emboscadas que me han tendido"). En los años que vinieron, trató infructuosamente de salir de su país en varias oportunidades. Por fin, en 1980, por cuenta de

las gestiones diplomáticas de un político estadounidense, pudo viajar a Estados Unidos, vía Montreal.

En 1981, recién llegado a su nuevo destino, Padilla publicó una nueva colección de poemas, *El hombre junto al mar*, dedicado a su esposa. El último poema de la colección cuenta una anécdota trivial, la historia de unas fresas que el poeta exiliado encontró en la calle y le regaló a su esposa y compañera de infortunio: "Nuestro hijo las disuelve sonriente entre los dedos / como debe hacer Dios con nuestras vidas. / Nos hemos puesto abrigos y botas, / y nuestras pieles rojas y ateridas / son otra imagen de la Resurrección. / Criaturas de la diáspora de nuestro tiempo, / ¡oh Dios, danos la fuerza para proseguir!".

Vivir fuera del juego no es fácil. Entonces y ahora. Allá y en cualquier otra parte. ■

El humor es tal vez el único expediente de los condenados por su tiempo (todos en alguna medida).

Padilla lo sabe. Lo intenta en la forma de sarcasmo, de un conjunto verosímil de instrucciones para ingresar en una nueva sociedad.